

Las Alegorías de la Sagrada Escritura

Prefacio.

AL SEÑOR SANTO Y REVERENDÍSIMO HERMANO OROSIO, ISIDORO.

1. Algunos nombres muy conocidos de la ley y de los evangelios, que bajo alegoría se ocultan imaginariamente y necesitan alguna interpretación, los he recopilado brevemente y rápidamente, para hacerlos claros y abiertos a los lectores. Estos, por estar sin explicar, han obligado a una breve anotación de materia de discurso, y no han permitido hacer el tamaño de un librito, ni explicar plenamente los misterios de las figuras. El sentido era tal que, de lo dicho, se entiendan tanto lo precedente como lo subsiguiente.

2. Ofrecemos, por tanto, esto a tu conocimiento para que lo examines y apruebes, para que lo que en razón de palabras y sentidos depende de manera inepta, te encargues de corregirlo con diligencia. Pues yo, carísimo para mí, me consideraré excusable en la crítica de esta obra, porque no la he conservado a mi arbitrio, sino que la he confiado a tu juicio para que la corrijas.

DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

116

3. Adán (Gén. I) llevó la figura de Cristo; pues así como él fue formado el sexto día a imagen de Dios, así en la sexta edad del mundo el Hijo de Dios asumió la forma de carne, es decir, tomó la forma de siervo, para reformar al hombre a semejanza de Dios.

4. Eva (Ibid.) designa a la Iglesia hecha por el misterio del lavacro, que 117 fluyó del costado de Cristo muriendo en la cruz, así como Eva del costado del hombre dormido.

5. Abel, pastor de ovejas (Gén. IV), sostuvo el tipo de Cristo, quien es el verdadero y buen pastor, como él mismo dice: Yo soy el buen pastor, que pongo mi vida por mis ovejas, futuro rector de los pueblos fieles.

6. Caín, su hermano (Ibid.), mayor en edad, que mató a Abel en el campo, significa al pueblo anterior que mató a Cristo en el lugar del Calvario.

7. Enoc, hijo de Caín (Ibid.), en cuyo nombre el padre fundó una ciudad, significa a los impíos que están fundados solo en esta vida.

118

8. Set (Ibid.), que se interpreta resurrección, demuestra a Cristo Jesús, en quien está la verdadera resurrección y la vida de los fieles.

9. Enós, su hijo (Ibid.), que con esperanza invocó el nombre del Señor, declara a la Iglesia que vive en esperanza, hasta que llegue a la bienaventuranza de la felicidad prometida.

119

10. Lamec sostuvo la figura de este siglo, cuyo pecado Cristo absolvió por la efusión de su sangre después de setenta y siete generaciones del mundo, según las describió el evangelista Lucas (Luc. III).

11. Henoc (Gén. V), que fue el séptimo desde Adán y fue trasladado, significa el séptimo descanso de la futura resurrección, cuando los santos serán trasladados a la vida de perpetua inmortalidad.

12. Noé, que se interpreta descanso, prefigura al Señor, en cuya Iglesia descansan todos los que son liberados de la destrucción de este siglo, como en el arca.

120

13. Sem sostuvo el tipo de los profetas y apóstoles, que nacen de su stirpe.

14. Jafet figuró al pueblo de los gentiles, que se mueve en las iglesias de los israelitas.

15. Cam significa a los judíos, que se burlan de Cristo encarnado y muerto.

16. Canaán, su hijo, que por el delito del padre es condenado con maldición (Gén. IX), indica la posteridad de los judíos, que en la pasión del Señor recibieron la sentencia de condenación, clamando los judíos: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

17. Nemrod, el gigante, expresó el tipo del diablo, que con soberbia apetencia deseó la cumbre de la altura divina, diciendo: Subiré sobre la altura de las nubes y seré semejante al Altísimo.

18. Heber, en cuya casa permaneció su propia lengua, divididas las demás lenguas, 121 insinúa a nuestro Redentor, en cuya Iglesia la unidad de la fe persevera sin cisma.

19. Melquisedec (Gén. XIV), que ofreció sacrificio al Señor de los frutos de la tierra, figuró el reino de Cristo, que es el verdadero rey de justicia, y el sacerdocio, cuyo sacramento de cuerpo y sangre, es decir, la ofrenda de pan y vino, se ofrece en todo el orbe de la tierra.

20. Abraham llevó el tipo de Dios Padre, que entregó a su amado hijo para ser inmolado por la salvación del mundo.

21. Los tres ángeles que vinieron a él (Gén. XVIII) insinúan la Trinidad divina histórica.

22. Las dos esposas que tuvo Abraham (Gén. XVI, XXI), es decir, la libre 122 y la esclava, el Apóstol designa que son dos Testamentos (Gál. IV).

23. Isaac e Ismael significan a los dos pueblos procedentes de ambos Testamentos.

24. El niño Abraham designa la imagen de la ley antigua, por quien proféticamente al Señor nuestro Jesucristo se le preparó la Iglesia esposa.

25. Esaú, velludo y rojo (Gén. XXV), es el pueblo de los judíos, sanguinario en la impía persecución contra Cristo y los profetas, y horrible por el indicio del manto de piel velluda, cubierta de pecados.

26. Jacob, sin embargo (Ibid.), demuestra a Cristo, o al pueblo de los gentiles, que por la bendición de Dios Padre fue preferido al pueblo anterior de los judíos.

27. Labán tuvo el tipo de la ley y del diablo, de cuyo cuerpo Cristo tomó para sí dos esposas, a saber, el pueblo de la circuncisión y de los gentiles.

28. Lía tuvo la figura de la Sinagoga, que con los ojos enfermos del corazón no pudo contemplar los sacramentos de Dios.

29. Raquel, en cambio, clara de vista, sostuvo el tipo de la Iglesia, que con la agudeza de la contemplación discierne los misterios de Cristo.

30. El hombre que luchó con Jacob figuró el combate de Cristo con el pueblo de Israel; pues así como Jacob cojeó en la lucha, así los judíos cojean en la fe en la pasión del Señor.

123

31. Lot (Gén. XIX) tuvo el tipo de los santos que al final del siglo serán liberados del incendio de los impíos.

32. La esposa de Lot (Ibid.) sostuvo el tipo de aquellos que, llamados por la gracia de Dios, después miran hacia atrás.

33. Consecuentemente, el mismo Lot llevó la persona de la ley de la cual los que la usan con entendimiento carnal engendran obras de infidelidad (Ver var. lect.).

34. Sus dos hijas (Gén. XIX) significan a Samaria y Jerusalén, que fornican en la ley por el adulterio de la doctrina ilícita.

35. Rubén (Gén. XXXI) se interpreta primogénito, hijo de la visión; figuró al pueblo que violó el lecho de Dios Padre, cuando clavó en el madero de la cruz la carne que Cristo se había desposado.

36. Simeón designa a los escribas de los judíos, que en su furor mataron a los profetas, y en su dolor horadaron con clavos a Cristo, el muro firmísimo, en el cual los creyentes son fortalecidos con firmeza.

124 37. Leví es tanto autor como figura de los príncipes sacerdotes que crucificaron a Cristo.

38. Judá significa a Cristo, que en el lecho del sepulcro, como un león, seguro, vencido el sueño del cuerpo y el dominio de la muerte, resucitó al tercer día.

39. Isacar sostuvo el tipo de la Iglesia, que sometió su hombro a llevar la carga de la cruz.

40. Zabulón significa a la misma Iglesia, que, habitando junto a las olas de esta vida, soporta todas las tentaciones y tormentas del siglo.

41. Neftalí expresa a todos los santos predicadores, que, al igual que el ciervo, saltando, se elevan a lo alto, y confieren a todos los creyentes las palabras de la doctrina.

42. Dan significa al Anticristo, que en el camino de esta vida intenta suplantar las pezuñas del caballo, es decir, los extremos del siglo, con el mordisco de su predicación pestilente, para expulsar a aquellos que se exaltan en los deleites y riquezas de este mundo.

43. Gad demuestra a Cristo, que en su segundo advenimiento anuncia que luchará contra el Anticristo, ceñido con la virtud de juez.

44. Aser demuestra al mismo Señor Jesucristo, cuyo 125 pan es abundante en la boca de los fieles.

45. José (Gén. XXXVII), que fue vendido por sus hermanos y exaltado en Egipto, significa a nuestro Redentor entregado por el pueblo de los judíos en manos de los perseguidores, y ahora exaltado entre los gentiles.

46. Benjamín presentó la imagen del apóstol Pablo, porque fue el último y el menor de todos los apóstoles por elección, y descendió de su tribu: este es el lobo rapaz, por la mañana perseguidor que despoja, por la tarde doctor que alimenta.

47. Manasés llevó la figura del pueblo anterior.

48. Efraín, sin embargo, de los gentiles, que por la bendición del patriarca fue preferido al mayor pueblo de los judíos.

49. Tamar (Gén. XXXVIII) lleva la imagen de la Iglesia, que por Cristo mereció la concepción de santa fecundidad por el anillo de la fe y la vara de la cruz.

50. Los dos gemelos en el vientre de Tamar (Ibid.) figuraron a dos pueblos, de los cuales el posterior nacido, que primero sacó la mano del vientre, porque 126 el pueblo de los gentiles fue mostrado antes por los profetas, pero revelado después, cuya mano derecha la partera ató con un hilo escarlata, porque el mismo pueblo fue marcado con la señal de la cruz por la sangre de Cristo.

51. Dina, hija de Jacob (Gén. XXXIV), significa a la Sinagoga, o al alma, que encontrada en los cuidados exteriores del siglo, Siquem, príncipe de la tierra, la oprime, es decir, el diablo la corrompe con el vicio de la concupiscencia carnal.

52. Bala, concubina de Jacob (Gén. XXXV), a quien Rubén contaminó con el crimen de incesto, significa la ley del Antiguo Testamento, que el pueblo de Israel mancilló con su transgresión.

53. Job en sus hechos y palabras expresa la persona del Redentor.

54. Su esposa (Job II), que lo incita a maldecir, designa la depravación de los carnales.

55. Los tres amigos de Job sostuvieron el tipo de los herejes, que bajo la apariencia de consolar llevan el empeño de seducir.

56. Eliud, sin embargo, demuestra al doctor soberbio y arrogante, que impone su reprensión con dureza a los fieles dentro de la santa Iglesia.

57. Faraón tuvo la figura del diablo, que con la cautividad de este siglo intentó perder al pueblo de Dios y agobiarlo con las obras terrenales de los vicios.

58. La hija de Faraón (Éx. II), que recogió a Moisés expuesto a la orilla del río, es la Iglesia de los gentiles, que encontró a Cristo en el río del lavacro de salvación.

59. Moisés (Éx. XIII) llevó el tipo de Cristo, que liberó al pueblo de Dios del yugo de la servidumbre diabólica, y condenó al mismo diablo a la pena eterna.

60. Aarón sacerdote, que expiaba al pueblo con la sangre de las víctimas, 127 significa a Cristo, que con el sacrificio de su sangre lavó los pecados del mundo.

61. María, hermana de Moisés (Núm. XII), presentó la apariencia de la Sinagoga, que se volvió leprosa por la detracción y murmuración contra Cristo.

62. La esposa etíope de Moisés (Éx. II), figuró a la Iglesia unida a Cristo de entre los gentiles, por cuya causa la Sinagoga, celosa, murmurando contra Cristo, al instante se cubre con el contagio de la lepra.

63. Amalec designa la figura del diablo, que, oponiéndose al pueblo de Dios, es vencido por la señal de la cruz.

64. Sehón, también, rey de los amorreos, que se traduce al latín como tentación de los ojos, significa al mismo diablo, que se transfigura en ángel de luz con el engaño de la mentira. Él es Og, rey de Basán, que se interpreta como conclusión, que intenta obstruir con la dificultad de los vicios el camino de nuestra fe, para que no tengamos paso al reino prometido de la vida eterna.

65. Los setenta y dos ancianos, sobre quienes cayó el Espíritu de Dios, muestran las setenta y dos lenguas de las naciones difundidas en este mundo, 128 de las cuales muchos creyentes recibieron la gracia del Espíritu Santo.

66. Datán y Abirón, y los demás, que, separándose de Moisés y Aarón, intentaron usurpar el sacrificio (Núm. XVI), designan la depravación de los herejes, y la perdición de aquellos que se separan de los sacerdotes de Cristo y de la sociedad de la Iglesia, y asumen sacrificios profanos.

67. Balaam, que cayendo tuvo los ojos abiertos (Núm. XXII), sostuvo el tipo de aquellos que por la fe tienen el conocimiento de Dios, pero oscurecidos por las malas obras caen.

68. Finees, que mató a Zimrí y a la prostituta que estaban en adulterio (Núm. XXV), sostuvo la figura de los santos doctores, que hieren con la espada espiritual a los judíos y herejes que concurren en el abrazo de la falsa doctrina.

69. Aquel que, recogiendo leña en sábado, es mandado a lapidar, significa a aquel que Cristo encontrará con pecado en el día del juicio.

70. Los doce exploradores sostuvieron la imagen de los escribas y fariseos, que desviaron al pueblo israelita para que no confiaran en poder obtener la gracia de la promesa divina por medio de Cristo.

71. Los dos portadores, que llevaron el racimo de la tierra prometida en un palo sobre sus hombros (Núm. XIII), expresaron el significado de dos pueblos, de los cuales el primero, el judío, caminando da la espalda a Cristo, 129 el posterior, el cristiano, mira y sigue a Cristo, a quien lleva.

72. Josué, hijo de Nun, expresó la imagen del Salvador, que nos introdujo en la tierra de la promesa y nos colocó en el reino de la gloria celestial.

73. Rahab, la prostituta, sostuvo la figura de la Iglesia, que por el escarlata, es decir, por la señal de la pasión del Señor, es salvada de la destrucción del mundo.

74. Los dos exploradores enviados por Josué a Jericó, que Rahab recibió (Josué II), se entienden como los dos Testamentos enviados al mundo que la Iglesia, congregada de entre los gentiles, recibió.

75. Acán, que codició del anatema de Jericó, significa al malvado y pecador, que después de la fe apetece las costumbres mundanas o las seducciones del mundo.

76. Gedeón, que con trescientos hombres fue a la batalla (Jueces VII), llevó el tipo de Cristo, que en la señal de la cruz obtuvo la victoria sobre el mundo. Pues el número de trescientos se contiene en la letra Tau, por la cual se muestra la figura de la cruz.

77. Sísara fue tipo del diablo. Jael, sin embargo, que perforó sus sienes con un clavo y un martillo, expresó el tipo de la Iglesia, que por el estandarte de la cruz mató el dominio del diablo.

130 78. La misma Débora, llevando el tipo de la Iglesia, proclama el cántico de la gloria celestial, habiendo vencido al diablo en Sísara.

79. Jefté, que por la victoria obtenida inmoló a su hija (Jueces XI), mostraba la figura del Redentor, que, triunfando del mundo, ofreció su propia carne en sacrificio.

80. Sansón figuró la muerte y victoria de nuestro Salvador, ya sea porque arrebató a las gentes de las fauces del diablo, como un panal de la boca del león encontrado, o porque después de la muerte ganó a más, y mató a más muriendo que viviendo.

81. Dalila, que rapó la cabeza de Sansón (Jueces XVI), significa a la Sinagoga, que crucificó a Cristo en el lugar de la Calavera.

82. Rut, la extranjera, que se casó con un hombre israelita, muestra a la Iglesia viniendo de entre los gentiles a Cristo.

83. Booz, sin embargo, expresó a Cristo, el verdadero esposo de la Iglesia.

84. Ana, que fue estéril y luego se volvió fecunda (I Sam., I) significa a la Iglesia de Cristo, que antes era estéril entre los gentiles, ahora abunda largamente por toda la tierra con la prole de numerosa fecundidad.

85. Elí, sacerdote reprobado (I Sam. III) prefiguró el rechazo del sacerdocio del Antiguo Testamento.

86. Samuel, sin embargo, que sucedió a Elí reprobado en el ministerio sacerdotal (Ibid.), anunció la sucesión del nuevo sacerdocio, rechazado el sacerdocio antiguo.

87. Los dos hijos de Elí, sacerdotes, que fueron muertos por las gentes cuando el arca fue capturada (I Sam. IV), significan que la posteridad del sacerdocio anterior fue extinguida, y que la ley del Testamento fue trasladada al culto de las gentes.

131 88. Saúl insinúa la promesa o el rechazo del reino judío, o la emulación de ese mismo pueblo, que intentó matar a David, es decir, a Cristo, con el injusto odio de la envidia.

89. David expresó la imagen del Hijo de Dios y nuestro Salvador, ya sea porque soportó la injusta persecución de los judíos, o porque Cristo asumió carne de su estirpe.

90. Urías el hitita tuvo el tipo del diablo, cuyo matrimonio antes estaba unida la Iglesia, que Cristo deseó lavándose de las inmundicias del siglo, y purificándose por el agua del lavacro.

91. Salomón preanuncia la figura de Cristo, que edificó una casa a Dios en la Jerusalén celestial, no de maderas y piedras, sino de todos los santos.

92. La reina del Sur, que vino a escuchar la sabiduría de Salomón (III Re. X; II Crón. IX), se entiende como la Iglesia, que se congrega al verbo de Dios desde los últimos confines de la tierra.

93. Roboam, hijo de Salomón, y Jeroboam, su siervo, a quienes Israel fue dividido en dos partes, significan la división hecha en el advenimiento del Señor, en la cual la parte de los creyentes de entre los judíos reina con Cristo, que es nacido del linaje de David; la parte que siguió al Anticristo, a cuyo culto de nefanda servidumbre están constreñidos por error.

94. Goliath (I Sam. XVII) designa al diablo, cuya elevación de soberbia la humildad de Cristo derribó.

95. Elías demuestra a Cristo, porque así como fue elevado al cielo en un carro de fuego, así Cristo fue asumido al cielo por los ministerios de los ángeles.

96. La viuda, a quien Elías es enviado para ser alimentado (III Re. XVII), es la Iglesia, a la que se lee que Cristo vino por la fe, cuya harina y aceite es bendecido, y no falta, es decir, la gracia del cuerpo de Cristo, y la unción del crisma, 132 que se imparte diariamente en todo el mundo, y nunca disminuye.

97. Eliseo figuró al mismo Redentor Señor, que descendiendo de la altura del monte, es decir, de la sublimidad de los cielos, se humilló a sí mismo desde la forma de Dios hasta la forma de hombre, y compuso sus miembros sobre los miembros muertos, y sanó nuestra mortalidad con la medicina de su cuerpo.

98. Los niños que, insultando a Eliseo, clamaban: Sube, calvo, sube, calvo, y fueron devorados por el oso (IV Re. II), indican al pueblo de los judíos, que con infantil necedad se burlaron de Cristo crucificado en el lugar de la Calavera, y capturados por dos osos, es decir, Tito y Vespasiano, perecieron.

99. El niño de Eliseo enviado con el bastón para resucitar al hijo de la mujer (IV Re. IV), mostró el tipo de la ley antigua, que transmitida al género humano no prestó nada, sino que en la vara mostró solo la autoridad de la severidad.

100. El hijo muerto de la sunamita (Ibid.) sostiene la figura del género humano, sobre el cual Cristo, bostezando siete veces, 133 espiritualmente inspira el Espíritu de la gracia septiforme, por el cual revive de la muerte del pecado.

101. Los siete mil hombres, de los cuales se dijo a Elías que no doblaron la rodilla ante Baal, significan el número de los santos, que, llenos del Espíritu de la gracia septiforme, renunciaron al diablo.

102. Naamán el sirio significa al pueblo de entre los gentiles, manchado con las máculas de los delitos, y purificado por Cristo por el sacramento del bautismo.

103. El rey Ozías, que por el mérito de sus crímenes es cubierto en la frente con el contagio de la lepra (II Crón. XXVI), indica al reino de los judíos, que llevan la deshonra y el mal de la perfidia en la frente, donde debieron portar la señal de la cruz.

104. El rey Ezequías, a quien por su buena obra se le añaden quince años a su vida (IV Re. XX; II Crón. XXXII; Is. XXXIX; Eclo. XLVIII), significa a todos los santos, a quienes se les dieron cinco libros de la ley con las diez palabras del Decálogo para adquirir la vida eterna, para que por el cumplimiento de la ley y los preceptos alcancen la plenitud del reino celestial.

105. El rey Josías, que celebró la Pascua y expulsó muchos ídolos del templo del Señor (IV Re. XXIII; II Crón. XXXV), significa a Cristo, que por nosotros sufrió la pasión, y arrojando todos los execrables de las gentes de los templos de nuestro cuerpo, los quemó con el fuego de su virtud, y los arrojó al torrente de este siglo.

106. Sedecías, cuyos ojos fueron arrancados en Reblata por el rey de Babilonia (IV Reyes XXV), representa a los ricos y pecadores de este mundo; en latín, Reblata se traduce como "muchas cosas", por lo que simboliza a aquellos que están envueltos en muchas acciones y afectos de este mundo, y que, capturados por el diablo, pierden los ojos de la inteligencia.

107. Isaías expresó la forma de los evangelistas y apóstoles, quienes predicaron todos los sacramentos de Cristo, no como futuros, sino como presentes.

108. Jeremías, en sus palabras y pasiones, figuró la muerte y pasión del Señor Salvador.

109. Ezequiel llevó la imagen de Cristo, quien, puesto en la peregrinación terrenal, incita al pueblo con preceptos saludables.

110. Daniel, quien llevó una vida célibe, tuvo en su continencia la semejanza de aquellos que están en el ocio santo y no abusan de las riquezas terrenales.

111. Oseas demuestra la figura de Cristo, quien asumió en su cuerpo a la Iglesia de la fornicación de las naciones.

112. Joel, que se interpreta como "comenzando", indica típicamente a aquellos que comienzan a conocer el sacramento de la fe y la ciencia divina.

113. Amós, pastor y rústico, es un tipo de Cristo, quien, trasladado del oficio pastoral de los rebaños, es decir, del gobierno de los hebreos, ahora apacienta otros rebaños entre las naciones.

114. Abdías, quien alimentó a cien profetas en Samaria (III Reyes XVIII), significa a todos los predicadores de la fe, quienes en este mundo alimentan a todos los creyentes con los alimentos de las Sagradas Escrituras.

115. Jonás (Jon. II) figuró la muerte de Cristo, quien descansó tres días y noches en el corazón de la tierra, como en el vientre del cetáceo.

116. Habacuc, luchador fuerte, es el pueblo fiel, que, constituido en lo alto, contempla al Señor en la cruz, diciendo: "Cuernos en sus manos, allí se confirmó la virtud de su gloria."

117. Sofonías, que se interpreta como "vigilante" o "escondido del Señor", significa a aquellos que, a través del misterio de la contemplación, alcanzan la perfección de los méritos.

118. Ageo y Zacarías llevaron la figura de los santos, quienes en esta vida de peregrinación nos declaran el tiempo futuro de liberación.

119. Malaquías, que se interpreta como "ángel del Señor", sostuvo el tipo de nuestro Salvador, quien es llamado el Ángel del gran consejo.

120. Jesús, el gran sacerdote, llevaba la figura de Cristo, por quien se nos abre el ingreso de la peregrinación de este siglo a la Jerusalén celestial.

121. Zorobabel, sacerdote (II Esdras II y siguientes), es un tipo del Señor Salvador, quien sacó al pueblo de la cautividad y construyó para el Señor un templo de piedras vivas.

122. Judit y Ester llevan el tipo de la Iglesia, castigan a los enemigos de la fe y salvan al pueblo de Dios de la destrucción.

123. Tobías sostuvo la imagen de la ley antigua, cuyos ojos las golondrinas judías cegaron, mientras que, al mal entender los sacramentos de la luz, los cegaron.

124. Tobías, su hijo, tuvo la imagen de nuestro Señor Jesucristo, quien ilumina con la claridad de su virtud la ley oculta y cegada por la oscuridad de la figura.

125. Los tres jóvenes (Dan. III) prefiguraron a los santos, quienes ofrecieron su cuerpo en persecución por el nombre de Cristo.

126. Susana (Dan. XIII) tiene la figura de la Iglesia, a la que los falsos testigos judíos acusan como adúltera de la ley.

127. Nabucodonosor, rey (IV Reyes XXV), fue un tipo del diablo, quien llevó al pueblo de los herejes, vencido por la cautividad del error, de Jerusalén, es decir, de la Iglesia, a Babilonia, es decir, a la confusión de la ignorancia.

128. El príncipe de los cocineros, quien derribó los muros de Jerusalén, significa que todos los que sirven al deseo del vientre destruyen las virtudes del alma.

129. Los siete Macabeos, que bajo Antíoco sufrieron tormentos muy amargos y fueron gloriosamente coronados (II Macabeos VII), significan la Iglesia septiforme, que sufrió una gran matanza de mártires por los enemigos de Cristo y recibió la corona de la gloria celestial.

DEL NUEVO TESTAMENTO.

130. Los cuatro evangelistas expresan figurativamente a Jesucristo bajo los rostros de cuatro animales.

131. Mateo, anunciando a nuestro Redentor nacido y padecido, lo compara a la semejanza de un hombre.

132. Marcos, comenzando desde la soledad, asume la figura de un león y proclama el reino invicto y el poder de Cristo.

133. Lucas, también, a través del rostro místico del becerro, predica a Cristo inmolado por nosotros.

134. Juan, sin embargo, a través de la figura del águila, muestra al mismo Señor volando al cielo después de la resurrección de la carne.

135. Pedro lleva la persona de la Iglesia, que tiene el poder de perdonar los pecados y de llevar a los hombres de los infiernos a los reinos celestiales (Mateo VI).

136. Todos los apóstoles también llevan el tipo de toda la Iglesia, porque ellos mismos recibieron un poder similar para perdonar los pecados, teniendo también la forma de los patriarcas, quienes, a través de la palabra de la predicación, engendraron espiritualmente pueblos para Dios en todo el mundo.

137. Los setenta y dos discípulos significan la iluminación de todo el mundo por el Evangelio de la Trinidad. Pues el mundo entero se recorre en veinticuatro horas, número que, triplicado por la misma Trinidad, se deduce en setenta y dos. Por eso se envían de dos en dos, para predicar el amor de Dios y del prójimo, o los misterios de los dos Testamentos.

138. José, típicamente, llevó la figura de Cristo, quien fue designado para la custodia de la santa Iglesia, que no tiene mancha ni arruga.

139. María, sin embargo, significa la Iglesia, que, aunque desposada con Cristo, nos concibió virgen del Espíritu Santo, y también virgen da a luz (Mateo I).

140. Zacarías, el sacerdote, quien, por mandato del ángel, quedó mudo (Lucas I), muestra el silencio de la ley y los profetas con la venida de Cristo.
141. Juan tuvo la forma de la ley, quien anunció a Cristo y predicó la remisión de los pecados por la gracia del bautismo.
142. Los magos figuraron a los pueblos de las naciones, que conocerían la luz de la fe, indicando con los dones de los sacramentos a Cristo, que es Dios por el incienso, hombre que padeció y fue sepultado por la mirra, y rey de todos los siglos por el oro (Mateo II).
143. Herodes, quien dio muerte a los niños (Mateo II), expresó la forma del diablo, o de las naciones, que, deseando extinguir el nombre de Cristo del mundo, se ensañaron en la matanza de los mártires.
144. Los mudos en el Evangelio significan a aquellos que no confiesan la fe de Cristo.
145. Los ciegos significan a aquellos que no entienden la fe que creen.
146. Los sordos figuran a aquellos que no muestran obediencia a los preceptos.
147. Los cojos demuestran a aquellos que descuidan cumplir los preceptos saludables.
148. El hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca, significa al maestro fiel, que establece en Cristo el fundamento de su doctrina y de su vida.
149. Aquel que edificó su casa sobre la arena, sin embargo, designa al hereje, que edifica una doctrina falsa para causar una gran ruina.
150. El leproso, a quien Cristo curó primero al descender del monte (Mateo VIII), indica al género humano manchado por el contagio del delito.
151. Este Redentor, al descender de la altura de los cielos como de un monte, lo apartó del variado culto de los demonios y lo restauró en la unidad de la fe.
152. El centurión (Ibid.) significa la fe de las naciones, que, pidiendo la salud de su hijo enfermo hasta la muerte, dijo humildemente: "Señor, no soy digna de que entres bajo mi techo, que he perseguido a tu Iglesia."
153. El hijo del centurión y la hija de la mujer cananea, a quienes Cristo salva sin ir a ellos (Mateo XV), muestran a las mismas naciones, que el Señor no visitó con presencia corporal, sino que salvó por la fe de la palabra.
154. La misma mujer cananea (Ibid.) lleva la figura de la Iglesia de las naciones, que, como un perro, buscaba las migajas de la mesa de los señores, es decir, saciarse con las doctrinas de los apóstoles y profetas.
155. La suegra de Pedro, con fiebre (Mateo VIII), significa la Sinagoga, encendida por el ardor de los deseos carnales, cuya hija es esa parte de los creyentes que fue dada a Pedro para ser gobernada.

156. El escriba rechazado, que seguía al Señor por ganancia (Ibid.), significa a aquellos que buscan la fe de Cristo no por el Señor, sino por el lucro del mundo.

157. El endemoniado que el Señor curó en la región de los gerasenos de una legión de demonios (Ibid.), significa al pueblo gentil sujeto a muchos cultos de demonios.

158. Los pastores de cerdos que huyen, quienes anuncian lo que ha sucedido en la ciudad (Ibid.), significan a los príncipes de los impíos, quienes, mientras huyen de la fe de Cristo, sin embargo, asombrados, admiran y predicán sus virtudes.

159. El paralítico, que yace en su lecho (Mateo IX), es el alma disuelta por los vicios en su cuerpo, que, cuando ha sido sanada por la gracia de Cristo mediante la remisión de los pecados, inmediatamente, recobrando su antigua fortaleza, se levanta y lleva el lecho de la carne, en el que antes yacía débil, a la casa de las virtudes, para que se constriña dentro de los secretos de su conciencia y no discorra más disuelta en las voluptuosidades exteriores.

160. La hija del jefe de la sinagoga, a quien el Señor iba a curar, pero antes de llegar a ella, una mujer que sufría de flujo de sangre lo tocó por detrás (Ibid.), tuvo la figura de la Iglesia venida de las naciones, que, después de la predicación, y después de la pasión, y después de la ascensión de Cristo, creyó, como si tocara al Señor por detrás, y mereció recibir la salvación antes que la Sinagoga.

161. Los dos ciegos, sentados junto al camino (Ibid.), significan a ambos pueblos, judíos y gentiles, acercándose a Cristo por la fe, quien dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida."

162. El endemoniado, ciego y mudo, que se escribe que fue curado por el Salvador (Ibid.), indica a aquellos que se convierten de la idolatría de las naciones a la fe del Señor, a quienes, sin embargo, expulsado del corazón el culto de los demonios, cuando primero perciben la luz de la fe, después su lengua se desata para alabar a Dios, para que confiesen a aquel a quien antes negaron.

163. El hombre que tiene la mano seca (Mateo XII) significa la Sinagoga, o el alma infructuosa en las obras de misericordia, a la que, cuando se le dice "Extiende tu mano", se le advierte que siempre debe extender la limosna a los pobres.

164. El hombre de quien el espíritu inmundo sale y luego lo ocupa de nuevo (Ibid.), significa al pueblo judío y al hombre penitente, a quien, por la negligencia subsiguiente, la voluptuosidad de la carne ocupa más agudamente la mente, acompañada de otros siete espíritus de vicios, es decir, ira, avaricia, envidia, y glotonería del vientre, vanagloria, fornicación y soberbia.

165. El padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mateo XIII), es Cristo, que saca de su impenetrable sabiduría los dos Testamentos, a saber, el Antiguo, en el que se promete la felicidad terrena, y el Nuevo, por el cual se espera el reino de los cielos.

166. El hombre que sembró en su campo una semilla de mostaza (Lucas XIII) es Cristo, que sembró la fe en el mundo, en el cual las aves del cielo, es decir, las almas espirituales, descansan.

167. La mujer que escondió la levadura en tres medidas (Ibid.) significa la sabiduría de la doctrina espiritual, ferviente en el amor de la Trinidad.

168. El hombre que encontró un tesoro escondido en el campo (Mateo XIII) es aquel que en este mundo, vendiendo todo, adquiere a Cristo y la vida eterna.

169. Los cinco mil hombres que fueron alimentados con cinco panes y dos peces (Juan VI) son los pueblos de la Iglesia, que, a través de los cinco sentidos del cuerpo, son alimentados por Cristo con el alimento de la ley espiritual, y se sacian con el doble Testamento, como con dos peces gemelos.

170. Los cuatro mil hombres que son alimentados con otros siete panes (Marcos VIII) son la misma Iglesia de las naciones, que se difunde en las cuatro partes del mundo y se recrea con la abundancia de la gracia septiforme.

171. Aquel que a menudo caía ahora en el fuego, ahora en el agua (Mateo XVII), significa al mundo. El fuego demuestra la ardiente codicia, el agua la voluptuosidad de la carne, en las cuales siempre atrapado, se precipita en la caída diaria.

172. Moisés y Elías, que aparecieron con el Señor en el monte (Ibid.; Lucas IX; Marcos IX), son entendidos como la ley y la profecía, cuyas voces declaran la pasión, resurrección y gloria del Señor.

173. El hombre que tiene cien ovejas, que, dejando a las otras, busca la oveja perdida y la lleva sobre sus hombros (Lucas XV), expresó la figura de Cristo, quien, dejando a miles de ángeles en el cielo, encontró a la oveja que se había perdido en Adán, como buen pastor, buscada entre las naciones, y la llevó sobre los hombros de su cruz al paraíso.

174. La mujer que encontró la dracma perdida es la Iglesia, que, cuando encuentra el alma arrastrada y perdida por las trampas del diablo, hace la alegría de los ángeles y de los hombres a través del arrepentimiento.

175. El deudor de diez mil talentos (Mateo XVIII) significa a los hombres que son deudores a Dios por la transgresión de los diez mandamientos, pero así como a nosotros, pidiendo al Señor, se nos relajan las ataduras del pecado, así cada uno de nosotros debe perdonar siguiendo el ejemplo del Señor, no sea que, mientras no concedemos las deudas mínimas a los que pecan contra nosotros, seamos obligados a pagar las nuestras mayores con intereses de penas.

176. El rico, que se compara con un camello (Mateo XIX; Marcos X), indica la persona de los judíos, que se glorían en el poder de la ley, aunque, debido a las cosas terrenales que cultivan, no tienen el reino de los cielos, donde más fácilmente entra el pueblo de las naciones, tortuoso por los crímenes y cargado con el peso de los pecados, por el ojo de una aguja, como por las angustias de la pasión, dolores y trabajos.

177. El padre de familia que contrata obreros para la viña y promete un denario (Mateo XX) es Cristo, que llama a todos al cultivo de la fe, prometiéndoles la recompensa de la perfecta bienaventuranza.

178. Los obreros contratados a la primera hora son aquellos que desde los rudimentos de la infancia han alcanzado el cultivo de la fe.

179. Los que fueron contratados a la tercera hora son aquellos que se acercaron a la fe desde la adolescencia.

180. Los que fueron contratados a la sexta hora son aquellos que creyeron en la edad de la juventud.

181. Los que se acercaron a la novena hora son aquellos que, ya declinando de la juventud a la vejez, recibieron la gracia.

182. Los que fueron a la última hora (Ibid.) son aquellos que, ya ancianos y en el extremo de su vida, fueron llamados y vinieron a Cristo. Sin embargo, reciben una recompensa de bienaventuranza igual a la de los primeros, en aquellos conservando Cristo la justicia, que trabajaron desde la primera hora de su nacimiento; en estos, otorgando misericordia, que trabajaron una hora de vida.

183. Los dos hijos enviados a trabajar en la viña (Mateo XXI) demuestran el tipo de dos pueblos. El primero enviado es llamado el pueblo de las naciones por la inteligencia de la naturaleza al cultivo de la obra divina, que primero, sin embargo, fue contumaz y negó que iría. Sin embargo, con la venida del Señor, la contumacia anterior se limpia con la obediencia que sigue. El segundo enviado es el pueblo de los judíos por el conocimiento de la ley, que respondió: "Todo lo que diga el Señor, lo haremos"; pero por eso es condenado, porque no solo transgredió la profesión de la ley, sino que ejerció manos parricidas contra el mismo Señor de la viña.

184. El hombre que plantó una viña (Mateo XXI; Lucas XX) es Dios, que fundó Jerusalén, en la cual edificó una torre y cavó un lagar, a saber, el templo y el altar, y a menudo la rodeó, es decir, la valló con la protección de los ángeles.

185. Los labradores a quienes arrendó la viña (Ibid.) son el pueblo de Israel, que bajo el culto divino poseyó Jerusalén.

186. Los siervos que fueron enviados en el tiempo de los frutos y fueron asesinados por los labradores (Ibid.) son entendidos como los profetas, cuya sangre fue derramada por los judíos, mientras buscaban de ellos el fruto de la justicia y de la ley.

187. El hijo enviado por último, a quien los labradores echaron fuera de la viña y mataron (Ibid.), es Cristo, a quien los judíos crucificaron, echándolo fuera de las puertas de Jerusalén.

188. Los labradores que el Señor de la viña destruye (Ibid.) son entendidos como el pueblo de los judíos, que, como se ve, fueron dispersados y destruidos. Aquellos labradores a quienes se ordena transferir la viña significan a los apóstoles o a los sucesores de los apóstoles.

189. El rey que hizo bodas para su hijo (Mateo XXII) es entendido como Dios Padre, quien unió la carne virgen de la Virgen a Cristo. Los siervos que fueron enviados a llamar a los invitados son los apóstoles y profetas, quienes llamaron a los judíos a través de la ley y el Evangelio; pero ellos, ya sea por las voluptuosidades terrenales, ya sea por el peso de la carne

y la ley, despreciaron la solemnidad de la venida del Señor, por lo cual se consideraron indignos de la vida eterna, mientras que las naciones se manifiestan como las que entraron.

190. El rey airado, que envió a sus ejércitos y destruyó a aquellos asesinos y quemó su ciudad (Ibid.), es Dios Padre, quien levantó a Vespasiano César de los romanos, quien devastó al pueblo con la espada y destruyó completamente la ciudad de Jerusalén con todos sus habitantes, de modo que ya no puede guerrear.

191. El hombre que no tiene vestido de bodas en el banquete, que, al hablar el rey, quedó mudo; a quien ordena a los siervos que lo lleven a las tinieblas exteriores (Ibid.), es aquel que, aunque descansa en la fe con los demás, si se encuentra en el día del juicio con el vestido de la carne manchado, inmediatamente se ordena a los ángeles que lo lleven y lo sumerjan en el infierno del fuego eterno.

192. Los dos deudores, de los cuales uno debía quinientos denarios al prestamista y el otro cincuenta (Lucas VII), significan a ambos pueblos, judíos y gentiles, de los cuales aquel que debía cincuenta denarios tenía el tipo de los judíos; aquel que debía quinientos expresó la figura de los gentiles, que desde el principio del mundo siempre existió como deudor, no pagando el documento del pecado por el arrepentimiento. Con la venida de Cristo, finalmente creyó y recibió un fruto más abundante de misericordia, por lo cual, porque se le concedió más por Cristo, ama más a Cristo, como está escrito: "A quien más se le perdona, más ama."

193. Los siete hermanos que se casaron con una mujer y murieron sin hijos (Marcos XII) son entendidos como hombres infieles, que a través de las siete edades del mundo consumieron toda su vida en esta tierra sin el fruto de la justicia.

194. Los dos en la cama (Mateo XXIV) figuran a aquellos que, alejados de las multitudes, parecen dedicarse a una especie de ocio de vida.

195. Las dos que muelen (Ibid.) son entendidas como aquellos que se ocupan en los negocios de las cosas temporales.

196. Los dos en el campo (Ibid.) son aquellos que trabajan en el ministerio de la Iglesia, como en el campo del Señor, de los cuales, con la llegada de la noche, es decir, la adversidad del siglo, algunos permanecen en la fe y son llevados a la vida, otros se apartan y son dejados para el castigo.

197. Las cinco vírgenes prudentes (Mateo XXV) son entendidas como todas las almas santas, que, porque a través de los cinco sentidos del cuerpo no admiten ninguna corrupción del corazón, por eso se cuentan en número de cinco.

198. Las cinco vírgenes insensatas, que no tienen aceite en sus vasijas (Ibid.), son aquellas almas que tienen la integridad de los cuerpos, pero no guardan dentro de su conciencia el testimonio de la buena obra, mientras se glorían en la cara ante los hombres y no en el corazón ante Dios. Por eso, porque no llevan el esplendor de la mente en las vasijas de sus pechos, con la venida del Señor, son excluidas del gozo de su reino.

199. El hombre que partió de viaje y confió sus bienes a sus siervos (Ibid.) es Cristo, quien, tras su resurrección, regresó al cielo y confió la gracia evangélica a los negociadores del

evangelio para que la multiplicaran. Pero el primer siervo, al recibir cinco talentos, aceptó los cinco libros de la ley, que amplificó con la doctrina y la obra de los diez mandamientos.

200. Otro, con dos talentos, mereció los dos Testamentos, y los duplicó administrándolos piadosamente con sentido moral y místico.

201. El tercero, bajo la figura de un talento, ocultó el don de la gracia recibido en los placeres terrenales, y por ello fue arrojado al infierno, ya que no produjo ningún fruto.

202. Otros interpretaron en el primer siervo los sentidos del corazón y del cuerpo recibidos, en el segundo la inteligencia y la obra, y en el tercero la razón.

203. El joven hijo de la viuda que el Señor resucitó fuera de las puertas de la ciudad (Luc. VII) significa a aquel que comete públicamente cualquier crimen mortal; y que a veces, al escuchar la palabra de Dios, resurge de la muerte del pecado y comienza a vivir en Cristo por medio de la penitencia; y es devuelto a su madre viuda, es decir, a la Iglesia.

204. El hombre que descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones (Luc. X) representa a Adán en su género, quien al descender del paraíso celestial al mundo, cayó en manos de los ángeles de las tinieblas.

205. El samaritano que descendía y curó sus heridas (Ibid.) es Cristo, nuestro guardián, que descendió del cielo y curó al género humano de las heridas del pecado.

206. El posadero (Ibid.) son los apóstoles, o sus sucesores, que restauran nuestra debilidad con la predicación evangélica.

207. Marta, que recibió a Cristo en su casa y le servía (Ibid.), representa a la Iglesia, que en esta vida recibe a Cristo en su corazón y trabaja en la obra de la justicia.

208. María, su hermana, que se sentaba a los pies de Cristo y escuchaba su palabra (Ibid.), demuestra a la misma Iglesia, que en el futuro siglo cesará de toda obra y descansará en la sola contemplación de la sabiduría de Cristo.

209. El hombre que a medianoche pedía a su amigo tres panes (Luc. XI) expresa la similitud de cualquiera que en medio de la tribulación pide al Señor que le dé el conocimiento de la Trinidad.

210. El rico, cuyo campo produjo abundantes frutos (Luc. XII), representa al hombre entregado a los lujos y abundante en pecados, a quien el Señor reprende por desear pecar aún más, diciendo: Necio, esta noche te quitarán el alma; lo que has preparado, ¿de quién será?

211. Los cinco en una casa, es decir, padre, madre, hijo, hija, nuera, de los cuales dos se dividen contra tres y tres contra dos (Ibid.), significan al género humano separado por la fe y la religión, en parte en la división del cisma, que los dos significan, y en parte en el número de la Trinidad, que los tres demuestran. Porque el hijo está dividido contra su padre, es decir, el pueblo venido de los gentiles contra el diablo, con quien antes estaba asociado. La hija está dividida contra su madre, es decir, el pueblo creyente de los judíos contra la impía Sinagoga. Y la nuera está dividida contra su suegra, es decir, la Iglesia de los gentiles contra la madre de

su esposo, la Sinagoga, de la cual Cristo fue engendrado según la carne. Estos hombres se separan entre sí, unos deseando la gloria terrenal, otros la celestial.

212. Los dieciocho galileos sobre los cuales cayó la torre de Siloé y los mató (Luc. XIII) insinúan la destrucción del pueblo judío. Porque dieciocho en griego se expresan con las letras iota, ι, y eta, η, con las cuales se escribe el nombre de Jesús, en quien ellos, al no querer creer, fueron destruidos junto con su ciudad por los romanos.

213. El hombre que plantó una higuera en su viña es Cristo, quien estableció la Sinagoga en el pueblo judío, la cual, cuando el Señor ordenó cortar como inútil, los colonos apóstoles la rodearon con la zanja de la humildad, se le aplicó estiércol, es decir, la confesión de los pecados; y así, al final, creyendo, se transformará para mejor y dará abundantes frutos de justicia.

214. La mujer que, teniendo una enfermedad durante dieciocho años, fue curada por el Señor (Luc. XIII), es un tipo de la Iglesia, que al final de los tiempos alcanzó la salvación de la fe. Porque este mundo se completa en seis edades, cuyo tiempo tiene una triple división: una antes de la ley, otra en la ley, y la tercera bajo la gracia. Seis veces tres hacen dieciocho, número que insinúa este tiempo de nuestra salvación, cuando, liberados de las ataduras de Satanás, en las que estábamos encorvados, recibimos el don de la salvación y la esperanza de la contemplación celestial.

215. El hidrópico que el Señor curó (Luc. XIV) representa a aquellos que son agobiados por el flujo excesivo de los placeres carnales.

216. El hombre que tenía dos hijos (Luc. XV) es Dios, que tiene dos pueblos, de los cuales el mayor representa a los judíos, que permanecieron en el culto a Dios; el otro, el menor, a los gentiles, que, abandonando al Creador, se hicieron siervos de los ídolos, a quienes Dios Padre recibió clementemente al regresar por la indigencia de la fe, y por su conversión, bajo la figura del becerro, inmola a su Hijo único; también le otorga el anillo de la fe y lo viste con la estola de la inmortalidad, aunque el hermano judío se atormenta con envidia, sin embargo, por su salvación, la sinfonía de los ángeles canta de alegría.

217. El administrador pródigo, a quien el señor ordenó remover de la administración, y que, haciendo fraude a su señor, perdonó parte a los deudores para tener de dónde vivir en el futuro (Luc. XVI), esta comparación se propone como ejemplo para nosotros; porque si él mereció ser alabado por su señor, ya que, haciéndole fraude, se proveyó para el futuro con bienes ajenos, ¿cuánto más podemos agradecer a Cristo si de nuestros propios bienes hacemos misericordia a los necesitados, de quienes podemos ser recibidos en las moradas eternas?

218. El rico que se vestía de púrpura y lino fino (Ibid.) representa la soberbia de los judíos, floreciente en otro tiempo por la claridad del imperio o la excelencia del honor.

219. El mendigo lleno de llagas (Ibid.) representa al pueblo gentil, humillado por la confesión de sus pecados.

220. Los cinco hermanos de aquel rico que era atormentado en el infierno (Ibid.) se entienden como los judíos, que están bajo los cinco libros.

221. Los diez leprosos que son limpiados por el Señor (Luc. XVII) representan a los herejes, que tienen diversidad de cismas en la variedad de colores, y que por eso son enviados a los sacerdotes, para que, eliminada toda variedad de errores, reciban el sacramento de la unidad.

222. El juez injusto, que no temía al Señor, pero escuchó a la viuda que le suplicaba constantemente (Luc. XVIII), es una similitud que demuestra cuánta esperanza debe tener quien pide al Señor sin cesar, ya que incluso ante los oídos de un juez injusto prevaleció la insistencia frecuente de la viuda suplicante. Esta viuda puede significar a la Iglesia, que con su perseverancia pide venganza de sus enemigos, el diablo o los herejes.

223. El fariseo que ora en el templo (Ibid.) es el pueblo judío, que se exalta por los méritos de las justificaciones de la ley.

224. El publicano, en cambio (Ibid.), es el pueblo gentil, que, estando lejos de Dios, confiesa sus pecados, de los cuales uno, al enorgullecerse, se fue humillado, y el otro, al confesar, mereció acercarse a Dios exaltado.

225. El ciego sentado junto al camino (Ibid.) representa al pueblo gentil, que por la gracia de Cristo mereció la claridad de la fe.

226. Zaqueo (Luc. XIX) es el pueblo gentil, pequeño en gracia de méritos, que, sin embargo, elevado de los actos terrenales, contempla el misterio de Cristo a través del árbol de la cruz del Señor.

227. El hombre noble que fue a una región lejana para recibir un reino (Ibid.) es nuestro Redentor, que llegó hasta los confines de la tierra para recibir un reino entre los pueblos gentiles.

228. Los ciudadanos que no quisieron que él reinara (Ibid.) se entienden como los judíos, que despreciaron a Cristo como rey.

229. El siervo que al recibir una mina ganó diez (Ibid.) representa a los doctores que, habiendo recibido la gracia del Evangelio, usaron bien en los preceptos del Decálogo de los diez mandamientos, y enseñando ganaron a muchos en la fe, por lo cual, al venir el Señor, serán alabados porque han ganado.

230. El que de una mina ganó cinco (Ibid.) demuestra a aquellos que, guardando el mandamiento de Dios, alcanzan el conocimiento de la ley, escrita en los cinco libros de Moisés, y enseñándola la multiplican para el uso necesario de la salvación.

231. El que guardó la mina en un pañuelo (Ibid.) muestra a aquel que trató el don de la gracia recibido con delicadeza y ociosidad, por lo cual pierde justamente la gracia otorgada, porque por negligencia despreció predicar para que se le aumentara lo que trabajó.

232. La viuda que echó dos moneditas en el tesoro (Luc. XXI) representa al alma fiel de aquel que en el tesoro de su corazón guarda el fruto del amor a Dios y al prójimo.

233. El esposo (Juan II) es Cristo; cuyas bodas se celebran con la Iglesia, en cuya unión el agua se convierte en vino, porque los creyentes pasan de la gracia del bautismo a la corona de la pasión.

234. El maestresala (Ibid.) se entiende como Moisés, que se maravilla de que un pueblo mejor y más santo sea congregado por Jesús en el Evangelio, que aquel anterior sacado de Egipto; porque el vino acabado muestra que la gracia del Espíritu Santo fue retirada de los judíos y distribuida entre los gentiles por los apóstoles.

235. La mujer samaritana (Juan IV) se entiende místicamente como la Sinagoga, sujeta a los cinco libros de la ley, como a cinco maridos, según el sentido de la carne, a quien el Señor misericordiosamente invita a sacar agua viva, es decir, a recibir la gracia del bautismo o la inteligencia secreta de la ley.

236. La mujer adúltera, que los judíos presentan al Señor para ser apedreada (Juan VIII), es la Iglesia de los gentiles, que, habiendo abandonado a Dios, había fornicado con los ídolos, a quien la Sinagoga, celosa, quería matar, y Cristo la salva por el perdón del delito, y no permite que perezca, quien sabe perdonar a los pecadores.

237. Simón el leproso (Mat. XXVI) es el pueblo gentil, que fue limpiado por el Redentor.

238. La mujer que ungió la cabeza del Señor con perfume (Ibid.) es la Iglesia, que refiere el fruto de su obra y el aroma de su fe a la alabanza de Dios y la gloria de Cristo.

239. El ángel que al descender movía el agua, rodeada de cinco pórticos (Juan V), es Cristo, en cuya venida se turbó el pueblo de los judíos encerrado en los cinco libros: porque al descender el ángel, se movía el agua y se sanaba el enfermo; al descender Cristo del cielo, se turbó en su pasión el mismo pueblo, y el mundo fue sanado.

240. El ciego de nacimiento, a quien el Señor, después de ungir sus ojos, envió a lavarse en la piscina de Siloé (Juan IX), representa al género humano viciado desde su nacimiento, es decir, desde el primer hombre, por las tinieblas del error, cuyos ojos el Señor ungió con saliva y barro, porque el Verbo se hizo carne. Y ordenó lavar los ojos en la piscina, para que bautizado en Cristo, recibiera la ley de la fe y creyera en aquel que apareció humilde en el mundo.

241. Lázaro, a quien el Señor resucitó del sepulcro después de cuatro días de estar muerto (Juan XI), representa al mundo, que la gravísima costumbre del pecado había corrompido, y que sin embargo es resucitado al cuarto día de la muerte. Porque el primer día de la muerte es la descendencia de Adán, origen de la muerte; el segundo día de la muerte es la transgresión de la ley natural; el tercer día de la muerte es la prevaricación de la ley dada; el cuarto día de la muerte es el desprecio de la predicación evangélica, en cuyo día el Señor, mirando su obra, se dignó resucitar misericordiosamente.

242. El siervo del sumo sacerdote, a quien se le corta la oreja derecha (Mat. XXVI), es el pueblo israelita, hecho siervo por su incredulidad. Este pierde la oreja derecha, al pasar a la izquierda por el entendimiento de la letra, a quien el Señor restaura el oído en aquellos en quienes creen, y lo hace obediente al mandato evangélico.

243. El sumo sacerdote que rasgó sus vestiduras en la pasión del Señor (Ibid.) indica al pueblo hebreo despojado del sacerdocio y privado del reino.

244. Barrabás, que es liberado a los judíos (Mat. XXVII), representa al Anticristo, a quien ellos, errando, merecieron recibir en lugar de Cristo.

245. Herodes y Pilato, que, aunque estaban en discordia, se unieron en amistad en la pasión del Señor (Luc. XXIII), indican que primero ambos pueblos, de la circuncisión y de los gentiles, estaban divididos, pero que por la pasión del Señor se unieron en la fe.

246. Simón de Cirene, a quien le impusieron llevar la cruz (Ibid.), se entiende como el pueblo de los gentiles, que, peregrino en la ley, se hace obediente al Evangelio, convirtiéndose en portador de la cruz de Cristo y portador de la fe.

247. Los dos ladrones (Ibid.) representan al pueblo de los judíos y de los gentiles: uno de los cuales, incrédulo, blasfema contra Cristo colgado en la cruz, el otro, fiel, reprende a los judíos blasfemantes.

248. Los cuatro soldados que se repartieron las vestiduras de Jesús en cuatro partes (Sal. CXVIII, 162) prefiguraron las cuatro partes del mundo, que se dividieron entre sí las palabras de Cristo, como está escrito: Me alegraré en tus palabras, como quien encuentra muchos despojos.

249. Las mujeres que anuncian a los apóstoles la resurrección del Señor se entienden como la ley y la profecía, que predicaron la gloria de la resurrección de Cristo antes de que fuera revelada, como precursores.

250. Los siete discípulos con los que el Señor se describe cenando después de su resurrección indican el séptimo descanso futuro de la resurrección, por el cual todos los santos serán saciados por Cristo con la eterna refección de la bienaventuranza, a la cual nos conduzca Cristo. Amén.